

Rafael Navarro de Castro
Planeta invernadero

Alianza editorial

Primera edición: marzo de 2024

Diseño de colección y cubierta: Manigua

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Rafael Navarro de Castro, 2024
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-574-6
Depósito legal: M. 660-2024
Printed in Spain

Índice

Libro primero

- | | |
|--|----|
| 1. Por debajo de la piel | 13 |
| 2. Vista panorámica desde una grúa | 29 |
| 3. Por debajo de los plásticos | 49 |
| 4. Lo que se esconde en el fondo de un armario | 68 |
| 5. Un amor del siglo pasado | 89 |

Libro segundo

- | | |
|-----------------------------------|-----|
| 6. Paco empuja la silla de ruedas | 115 |
| 7. La temperatura sube | 130 |
| 8. Moha llega en zódiac | 149 |
| 9. Tres noches en Berlín | 169 |
| 10. Una rotonda y una balsa | 202 |
| 11. Los precios bajan | 217 |

Libro tercero

- | | |
|--|-----|
| 12. Descubrimientos en el faro | 243 |
| 13. Una vida sobre ruedas | 269 |
| 14. Jugar al volei en el aeropuerto de Barajas | 287 |
| 15. Un dolor errático | 312 |
| 16. La física y la química | 331 |
| 17. Londres se rebela | 357 |
| 18. La junta directiva se reúne los viernes | 383 |

Libro cuarto

19. París es una sauna	407
20. Una visita inesperada	434
21. Un trío y un cuarteto	461
22. La contraportada del domingo	486
23. Insultos, amenazas y descalificaciones	507
24. Un cerco que se estrecha	525

Libro quinto

25. <i>South from Granada</i>	553
26. Dana. Depresión aislada en niveles altos	588
27. Ella tiene un plan	610
28. Me encanta cómo huelen los caballos	646
29. <i>New year's resolutions</i>	674

Para Julieta, que nació en *La tierra desnuda*
y ahora le toca vivir en el *Planeta invernadero*

Libro primero

La contradicción es tan solo aparente. Las mujeres envían a los hombres un mensaje tranquilizador: no tengáis miedo de nosotras. Vale la pena llevar ropa poco comfortable, zapatos que dificulten la marcha, vale la pena rebacerse la nariz o hincharse los senos, vale la pena morir de hambre. Nunca antes una sociedad había exigido tantas pruebas de sumisión a las normas estéticas, tantas modificaciones corporales para feminizar un cuerpo.

Virginie Despentes, *Teoría King-Kong*

¿Ve esos pechos que tiene? —decía la señora Eloísa de Paulita—. Pues uno de ellos es de plástico. Yo lo sé porque la modista de ella me ha cosido a mí algunas cosas y me lo dijo. Es una viuda que vive en la calle del Carmen.

Concha Alós, *Los enanos*

1. Por debajo de la piel

Primeros de enero de 2019. Empieza el año en el que cumpla los cuarenta. Cumplir cuarenta años no tendría por qué ser tan deprimente si no fuese por esta sensación de acabamiento, de callejón sin salida, de asunto concluido. Un aire como de laberinto o isla. Hacer balance cuando uno llega a la mitad de su vida tal vez sea inevitable. ¿Tanto esfuerzo para esto? Supongo que el vaso se puede ver medio lleno o medio vacío. Eso es una cuestión de fe o de carácter. Pero hay algo que nadie me puede discutir. Cada día falta menos para que se acabe. El siglo XXI también es una cuenta atrás o un tiempo de descuento. Se precipita hacia lo impensable sin el más mínimo propósito de enmienda. El planeta se calienta y nadie hace nada para remediarlo. Más bien todo lo contrario. Las cuentas están muy claras. No nos queda casi tiempo, el vaso se vacía. Pero en este momento estoy demasiado asustada como para pensar en estas cosas. Yo sí que he hecho algunos propósitos para el año que comienza. Tal vez, incluso, demasiados. El primero está a

punto de cumplirse. Llevo meses ahorrando y planificando este momento. Elegí las vacaciones de navidad para no tener que ausentarme del trabajo. A fuerza de desearlo y de buscarlo lo he conseguido. Pero ahora que es inminente me asedian las dudas y los miedos. El paso es irreversible. Hay que tener cuidado con los sueños. Algunas veces se hacen realidad.

Estoy tendida sobre una camilla a las puertas de un quirófano. Hace mucho tiempo que espero, o eso me parece. Como me han quitado el reloj no puedo estar segura. Tal vez se hayan olvidado de mí o tal vez haya surgido algún contratiempo y hayan tenido que posponer la intervención. Qué más quisiera yo. ¿Cómo se me ha ocurrido meterme en este lío? No llevo puesta más que una de esas batas que se anudan a la espalda y te dejan con el culo a la vista de todos. Tengo una vía abierta en el brazo y un tubo la conecta a una bolsa colgada de una percha de aluminio. Un líquido transparente gotea poco a poco y se cuele por mis venas. Soy como una de mis plantas alimentada por un tubito a base de química. Estoy atontada y aturdida. Quizá ya me hayan puesto algo en el gotero, algún tipo de sedante, pero nadie me ha explicado nada y yo no me he atrevido a preguntar. Nunca en mi vida me he sentido ni tan indefensa ni tan estúpida. Si no fuese por el miedo y por la vergüenza escaparía corriendo por los pasillos. Una sonrisa se me dibuja en los labios al imaginarme con esa bata saliendo por las puertas automáticas y cruzando el aparcamiento hasta el coche con el culo al aire. Demasiado tarde para arrepentirse. El silencio es absoluto. La soledad, estremecedora. No se ve a nadie por ninguna parte. Aunque, como también me han quitado las gafas, no es que vea mucho más allá de los pies de la camilla. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? El suficiente como para haber escapado de la clínica y estar camino de casa. Me incorporo un poco y miro alrededor. ¿Dónde estará la salida? Distingo formas que deben de ser puertas a ambos lados del pasillo. La claridad del fondo tal vez sean ventanas. Me duele el brazo al moverme y vuelvo a tumbarme. Esa enfermera era una bestia. O muy bruta o muy torpe o las dos cosas al mismo tiempo. Me ha hecho pedazos buscándome la vena. Un celador, el mismo que me ha llevado toda la mañana por el hospi-

tal, aparece de pronto y, sin dirigirme la palabra, empuja la camilla y cruzamos unas puertas abatibles. Es evidente que tiene prisa. Toda esta espera y ahora parece que llegamos tarde.

Llegó el momento. ¿Estás lista?

No, ¿debería estarlo? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Unos quince minutos.

¿Solo? Coño, pues se me han hecho eternos.

No tengas miedo, no te vas a enterar de nada. La próxima vez que abras los ojos vas a estar hecha un figurín.

Aún no me había atrevido a contárselo a nadie. Bueno, a casi nadie. A mi madre porque podía imaginarme el desdén y los improperios. Desde luego, es que a veces pareces tonta. Ya estaba viendo su gesto de desprecio. En toda mi vida no recuerdo haber tomado una sola iniciativa que mi madre no haya censurado. Y a mi padre porque no quería ponerle en un compromiso. Nunca ha sabido mentir y obligarlo a ocultárselo a mi madre habría sido un despropósito. Llevan separados más de veinte años pero aún mantienen una relación tan forzada como falsa. Estuve a punto de soltárselo en la cena de Nochebuena pero el ambiente ya era lo bastante espeso como para añadirle más tensión. No sé por qué se empeñan en que cenemos todos juntos por navidad como esa familia feliz que nunca fuimos.

A mi último novio sí que se lo conté antes de dejarlo.

Estoy pensando en operarme las tetas.

¿Qué tetas? Si no tienes.

Coño, quiero decir ponérmelas de silicona.

Ya, tonta, era una broma.

Bueno, ¿y qué dices?

Pues qué voy a decir, que me parece genial. Si quieres operarte yo estoy contigo.

¿No te parece una gilipollez?

No, ¿por qué? A mí las tetas operadas me encantan y si te vas a sentir mejor me parece muy bien. Ahora, que por mí no lo hagas. Me gusta tu cuerpo tal y como es, ya sabes que me ponen tus huesos a mil por hora.

Mi padre lo llamaba el submarinista porque era instructor de buceo. Mi madre no lo llamaba de ninguna de las maneras. Hacía como si no existiese. Nunca lo mencionaba y raras veces le dirigía la palabra. Al final tuve que terminar dándole la razón. Martín era un ser elemental. Comer, beber, follar y bucear. Su vida no consistía en otra cosa. Durante dos años me moví en esa sencillez como pez en el agua. Pero la simplicidad se convirtió en simpleza y terminé por aburrirme. Hace diez meses que lo puse de patitas en la calle como en las películas. Le dejé las maletas en la puerta. No encontré otra manera de sacármelo de encima. Creía que iba a ser una liberación pero me equivocaba. La felicidad solo me duró un par de semanas. Entré en una depresión de la que no he salido todavía. La verdad es que no estoy muy segura de que depresión sea el término preciso. Lo mío es una especie de malestar, una desazón que me acompaña a todas partes, un desconsuelo ineludible. Más que vivir me arrastro por la vida. Puedo echarme a llorar en cualquier momento, sin causas aparentes ni razones conocidas. Siempre estoy cansada. Me pueden la angustia y el abatimiento. ¿Qué es lo que está mal? No sabría decirlo. La vida me parece un camino sin retorno. Igual es simplemente eso: no tengo ganas de seguir por esta senda.

La penumbra domina la estancia. La luz se concentra en un único punto, justo en el centro de la sala. Entre las sombras distingo máquinas, cables, tubos y pantallas. La tecnología más avanzada al servicio de la salud o, en este caso, al servicio de la estética o el capricho de una inconsciente. Varias figuras verdes se mueven alrededor aparentemente muy ocupadas y no prestan la menor atención a nuestra llegada. El celador deja mi camilla junto a la mesa iluminada. Más que una mesa parece una encimera de aluminio de esas que se usan en las carnicerías o en los mataderos. Una sonrisa triste es su única despedida. Tal vez él tampoco esté muy convencido de lo que estamos haciendo. Soy la estrella invitada en esta escena pero nadie me hace ni caso. El protagonista es el cirujano que debe de ser esa figura que aparece por una puerta con las manos en alto y deja que una enfermera le ponga los guantes. En un lenguaje que no comprendo pregunta por los preparativos y los materiales. Al parecer todo está listo. ¿Listo? ¿Para qué? Siento un estremecimiento que no es

de frío aunque el quirófano no está precisamente caldeado. Llevo todo el día sudando. El hospital es una sauna. Pero en la sala de operaciones no debe de haber calefacción. En alguna parte he leído que lo hacen a propósito para evitar que prosperen las bacterias y los virus. Aún podría levantarme y salir corriendo. Es en este momento cuando se vuelven hacia mí. Ya no hay escapatoria. Las dudas se disparan imperiosas. ¿De verdad quiero hacerlo? Unos minutos después la cosa no tendrá vuelta de hoja. Llevo años pensando en este paso, buscando la manera, deseando este momento y ahora que estoy aquí lo único que quiero es escapar o despertar de repente y que todo sea un sueño.

El día que llegué al Poniente ya estaba cubierto de plástico. En algunos lugares de la costa los invernaderos se extendían desde las faldas de la sierra hasta la misma orilla del mar. Era el año 2005. Acababa de defender mi tesis doctoral con matrícula de honor. Versaba sobre los cultivos hidropónicos, lo mismo que el máster que había cursado durante dos años en la universidad de Berkeley, California. La misma universidad en la que Gericke hacía casi cien años había hecho los primeros experimentos con cultivos sin suelo. Era una especialista. Dominaba tres idiomas. Había quedado segunda de mi promoción al finalizar la carrera de ingenieros agrónomos. Cosa que a mi madre no le pareció suficiente. La empresa que me contrató era una cooperativa agrícola con casi mil socios y otras tantas hectáreas de cultivos en invernadero. Me ofrecieron una plaza de becaria con un sueldo de cuatrocientos euros. Acepté, claro. ¿Qué otra cosa podía hacer? Si cinco años antes alguien me hubiese dicho que iba a terminar cultivando hortalizas en un desierto me habría dado la risa pero tampoco me hubiese parecido mala idea. Hoy ya no estoy tan convencida.

Debajo del desierto está el mar. Un mar de agua dulce. Millones y millones y millones de metros cúbicos de agua dulce. Es por eso que el yermo se cubre de plásticos. Miles, decenas de miles de hectáreas cubiertas de plástico. Después de la gran muralla china es la obra humana más visible desde el espacio. Algunos están muy orgullosos. Otros no vemos motivo alguno para vanagloriarnos. Hacen falta tuberías para llevar el agua hasta las plantas. Solo en el Poniente hay tantos tubos de polietileno que pues-

tos en línea recta darían la vuelta a la tierra varias veces. El agua y el plástico hacen posible este paisaje desolado. El agua, el plástico, el petróleo y el sudor de sus gentes. La química también echa una mano. Las últimas tecnologías han convertido este páramo en un vergel. La huerta de Europa ha florecido en el más árido y seco de sus rincones. Si se trata de un milagro o de un desastre solo el tiempo podrá decidirlo. Bien mirado, puede que sea las dos cosas a la vez y que lo que en su momento hubo que celebrar como un prodigio habrá que lamentar, más pronto que tarde, como una hecatombe sin remedio.

Cuatro pares de brazos, dos por cada lado, se deslizan bajo mi cuerpo. A la de tres, dice alguien, y me levantan en volandas y me dejan sobre la mesa a merced de los reflectores. El resplandor blanco me deslumbra por un momento. Esas luces no están pensadas para que yo vea sino para iluminar cada rincón de mi anatomía, para eliminar las sombras hasta del fondo de mis entrañas. Me siento como un bicho bajo la lupa del microscopio. Igual que Gregor Samsa la mañana en que despertó en su cama convertido en un insecto. Solo que el protagonista de Kafka estaba en su cuarto convenientemente cerrado con llave y yo estoy aquí, debajo de los focos, expuesta a la mirada escrutadora de varios pares de ojos cuyos rostros ni siquiera reconozco, lista para ser sajada y escudriñada. Durante un par de segundos quedo completamente desnuda sobre el hule blanco y frío. Debe de ser de algún material plástico fácilmente lavable y desinfectable. Una enfermera me saca la bata con una habilidad pasmosa y otra, por el otro lado, me cubre con una sábana. Mi pecho es lo único que queda a la vista. Mi pecho plano con los pezones erectos porque tengo frío y miedo y la carne de gallina. Mi pecho plano que tanto me ha atormentado a lo largo de la vida con dos circunferencias pintadas una a cada lado. Las trazó el cirujano unas horas antes con un rotulador indeleble. Lo hizo a mano alzada y le quedaron perfectas. Seguramente esas líneas no sean otra cosa que el camino a seguir por el bisturí marcado sobre mi carne.

Esconderme, ocultarme, escapar, disolverme como una nube, esquivar las miradas, pasar desapercibida, alcanzar la insustancialidad, acariciar

la inexistencia. No llamar nunca la atención, ni para bien ni para mal. Permanecer en la sombra, en los márgenes, lejos de la curiosidad de los otros, de sus burlas y sus críticas, de sus halagos o sus censuras, a salvo de sus reproches o sus falsedades. La invisibilidad ha sido siempre mi objetivo, como el de todos los tímidos y los inseguros. Y ahora estoy aquí, desnuda, debajo de los focos. ¿Para qué? Para transformarme. Pero ¿en qué quiero convertirme? ¿Para qué quiero cambiar mi cuerpo? ¿Para que lo miren? ¿Para eso me he metido en un quirófano y me voy a exponer a una anestesia general? No tiene sentido. No va con mi carácter. Me siento como un gusano metamorfoseándose en su crisálida para salir convertido en mariposa. ¿Querrán los gusanos convertirse en mariposas? No estoy muy segura, ni de eso ni de nada. Y, sin embargo, lo he hecho. El tacto del hule frío debajo de la espalda, la luz cegadora reventándome los párpados, el pecho desnudo y agitado y la soledad infinita de haber dado este paso sin ninguna compañía.

Una figura verde se me acerca y reconozco esos ojos entre la mascarilla y el gorro. Son unos ojos claros, bonitos. Mi médico no me ha parecido nunca un hombre atractivo pero tiene una mirada y unas manos que más de una vez me han puesto nerviosa. Tal vez sea por la forma de mirarme y de tocarme. ¿Será esa la manera en que un escultor mira la pieza de barro antes de esculpirla?

Bueno, Sara, estamos preparados. ¿Cómo te encuentras?

Muerta de miedo.

Tranquila, mujer. Confía en mí. He hecho esta operación miles de veces. Te aseguro que vas a quedar perfecta.

Sí, me llamo Sara. Un nombre de origen hebreo que al parecer significa princesa y que se utiliza con profusión en casi todas las lenguas conocidas. No estoy muy segura de por qué me lo pusieron. Creo que fue idea de mi madre. Debíó de parecerle apropiado para la hija de una reina. Yo, por mi parte, nunca me he sentido digna de llevarlo.

Los había tenido en las palmas de las manos. Me costaba imaginar esas cosas dentro de mi cuerpo. Pesaban 350 gramos cada uno. ¿Cómo iban a caber por debajo de mi piel? ¿Cómo se las iba a arreglar el ciru-

jano para introducirlos en mi pecho? Eran como dos bolsas de plástico llenas de agua, aunque, a juzgar por el tacto, no debía tratarse de agua sino de algún fluido transparente más denso y seguramente pegajoso. La silicona es un polímero inorgánico emparentado con los plásticos. A diferencia de estos, no se fabrica a partir del petróleo sino del silicio. El silicio es el elemento número 14 de la tabla periódica y está por todas partes, pero especialmente en las areniscas y en la arena de la playa. Sometiéndolo a temperaturas extremas se produce la silicona, una sustancia inodora e incolora cuyas propiedades la hacen muy útil en infinidad de aplicaciones. Es flexible, elástica y aislante. Aguanta muy bien los cambios de temperatura y ofrece una resistencia a la tracción de 70 kilogramos por centímetro cuadrado. Pero sobre todo es biocompatible, es decir, que no desarrolla bacterias ni produce rechazo alguno en los organismos vivos. Yo soy un organismo vivo. Es por eso que, además de para usos industriales y tecnológicos, se usa también con fines medicinales. La silicona sirve para todo. Desde utensilios de cocina hasta juguetes eróticos, desde copas menstruales hasta biberones, desde componentes electrónicos hasta pintalabios. Está en los champús, los geles y hasta en los lubricantes vaginales. Es increíble la cantidad de cosas que están hechas con este material. Pero lo que nos interesa aquí son sus usos médicos. Hay más de mil medicamentos que contienen silicona y se usa en todo tipo de implantes, prótesis, válvulas cardíacas, catéteres, marcapasos y lentes de contacto. Todo esto no me tranquiliza. Implantarse esas cosas por debajo de la piel no debe de ser muy recomendable. Claro que tampoco es que los ansiolíticos sean precisamente sanos y hace ya unos cuantos meses que los tomo cada día.

El cuerpo como una falla, un obstáculo o un hándicap. El cuerpo como un impedimento, una culpa o una falta. ¿Cuándo empezaron estas sensaciones? Supongo que me acompañan desde que tengo uso de razón y supongo que eso sucede en la adolescencia, que es cuando los niños dejan de ser personas para convertirse en hombres o en mujeres. Quien no consigue acomodarse del todo en ninguna de esas categorías lo tiene un poco crudo. Mis amigas lucían culos, tetas, cade-

ras y hasta pelos en el coño. Yo carecía de todas esas cosas y eso me mortificaba. Los hombros caídos, los brazos demasiado largos, las piernas como alambres, el culo para adentro, las costillas para afuera, el pecho inexistente. Parecía una anormal. Era un cuerpo cóncavo, replegado sobre sí mismo, desprovisto de alicientes, un catálogo de huesos que habría sido perfecto como modelo en una lección de anatomía. Y encima no paraba de crecer. Solo que lo hacía a lo largo, como una espiga o un ciprés, despreciando las formas y las redondeces. Allí donde fuese era la más alta. Así no había forma de pasar desapercibida. Mi cuerpo entonces se encogía aún más, se encorvaba, se ponía de perfil en un vano intento por esquivar las miradas y las atenciones. Hubiese dado cualquier cosa con tal de no crecer ni un solo centímetro más. Quería empequeñecerme, minimizarme, jibarizarme como el increíble hombre menguante. ¿Y qué decir de los movimientos? La torpeza presidía cada uno de mis gestos. La descoordinación era la norma. No se podía ser más patosa ni más deslavazada. Ni rastro de garbo o elegancia. Adopté un atuendo masculino. La ropa femenina está diseñada para resaltar y yo buscaba todo lo contrario. Me endosé unos vaqueros anchos y caídos, una camiseta oscura y una camisa a cuadros tipo leñador con las mangas lo suficientemente largas como para cubrirme hasta las muñecas. No me los quité durante varios años. La moda grunge me vino bastante bien, aunque yo la seguía más por supervivencia que por gusto. Por supuesto, odiaba las playas, las piscinas, los vestuarios y todas aquellas circunstancias en las que la desnudez se suponía y se ejercía. El verano era un suplicio. Hubiese preferido que me pegasen un tiro antes que ponerme un pantalón corto, un top o una camiseta de tirantes. Durante algún tiempo me consolaba pensar que era solo temporal. Que mi cuerpo se retrasaba pero que terminaría reaccionando antes o después. Suponía que cuando me bajase la regla mi físico se adentraría en el terreno de las curvas y de las voluptuosidades. Pero no fue así. Cuando empecé a menstruar mis amigas llevaban años usando compresas y tampones. Yo iba tarde como siempre, tarde para todo. Mi sexo sangraba, mi vientre padecía, mi organismo se alteraba hasta el extrañamiento, pero ahí se quedaron las transformaciones. No fue

ningún avance, más bien todo lo contrario. A los veinte años ya estaba del todo claro. Eso era lo que había. No es que mi cuerpo se retrasase, es que yo era una retrasada. Un esqueleto desarmado, una figura deslucida, una mujer sin atributos. Era preciso reconocerlo y aceptarlo. En la comparación con mi madre perdía siempre por goleada. ¿A quién habría salido esa larguirucha desgarbada? De no ser por los ojos azules y la melena rubia nadie me habría quitado la idea de que me habían adoptado en un hospicio. Y ni siquiera ahí daba la talla. Es verdad que mi pelo era rubio, pero de un rubio pajizo, ceniciento, nada que ver con el rubio platino de mi madre. Y los ojos azules, la única parte de mi cuerpo que podía mirar sin desagrado, resultaron, para rematar, defectuosos. Hubo que cubrirlos con un vidrio y una montura para corregir sus deficiencias. Un vidrio cada vez más grueso conforme se acentuaban mi miopía y la desmedida de mis miembros. Me doy cuenta de que en un mundo obsesionado por la delgadez quejarse de flaca puede parecer un poco frívolo. Es verdad, yo era alta y delgada. Pero desnuda delante de un espejo lo único que sentía eran ganas de romperlo. Nadie escoge sus complejos ni sus debilidades. Reconciliarte con tu cuerpo es una tarea ardua que puede llevarte media vida.

Identifico enseguida esa voz que me habla desde atrás. Desde que llegué a la clínica por la mañana temprano, la anestesista ha sido la única persona que me ha tratado con un poco de humanidad y de empatía. Se presentó, me estrechó la mano, me explicó paso a paso todo el procedimiento, lo que ella iba a hacer y lo que yo iba a sentir. Me animó a preguntarle cualquier duda y a no tener miedo. Las enfermeras, la recepcionista, los celadores y hasta el mismo cirujano, que siempre había sido muy amable, me han tratado como una cosa, como un objeto, tal vez como esa pieza de barro en la que todos meten las manos sin pedir permiso. Antes de ponerme la mascarilla me pide que cuente desde diez en forma descendente y a ser posible que piense en cosas bonitas antes de dormirme. Esto último me pone muy nerviosa. No se me ocurre nada. Intento concentrarme en los números, 10, 9, 8, 7, y buscar al mismo tiempo una imagen agradable, un recuerdo digno de traer a la memoria, tal vez un aroma, un sabor, una escena, pero no en-

cuentro nada en mi cabeza y me pongo más nerviosa todavía. Recupero la cuenta que había perdido, 7, 6, 5, y me sumerjo en el sueño químico de los estupefacientes.

Lo que me desconcierta no es el hecho de caminar desnuda por las calles atestadas. Lo que me descoloca es que nadie parezca reparar en esa mujer alta y delgada que se pasea por las aceras y cruza los semáforos tal como vino al mundo. No es que no me vean, lo que no ven es mi desnudez. Tampoco me extraña la claridad de los objetos, la nitidez de las formas, incluso más allá de donde se pierde la vista. Y es que por no llevar no llevo puestas ni las gafas, pero parece como si mi miopía se hubiese evaporado. Veo perfectamente. Lo que de veras me sorprende es la completa ausencia de pudor o de vergüenza, la naturalidad con la que me muevo entre la gente, no llevando encima nada más que mi propia piel. Yo, que me he pasado la vida ocultando mi pecho plano, mis piernas demasiado flacas, los huesos que se me salen, me paseo ahora desnuda como si tal cosa. Sí, eso es lo raro, me siento cómoda y segura dentro de mi cuerpo, orgullosa incluso de mis formas. Ni las calles ni los edificios me resultan familiares. Podría tratarse de la ciudad costera asediada de plásticos en la que vivo ahora. Podría ser Madrid, mi ciudad natal, donde vive mi familia. O tal vez cualquier ciudad de Europa. Al menos de las que conozco, que son muchas. Londres, París, Berlín, Estocolmo, Ámsterdam, Lisboa, Oporto o hasta la misma Atenas. Incluso la capital de la antigüedad tiene calles comerciales como esta, todas idénticas, plagadas de las mismas tiendas de ropa, las mismas franquicias, las mismas cafeterías de diseño y los mismos almacenes de material deportivo. La gente entra y sale de los comercios cargada de bolsas. La mayoría son mujeres. También hay bastantes adolescentes pero hombres adultos no veo ninguno. Por todas partes se anuncian las rebajas. Veinte, cuarenta, sesenta y hasta ochenta por ciento de descuento. Todo el mundo va muy abrigado pero yo no siento frío. El sol me acaricia de arriba abajo y hasta los adoquines están calientes debajo de mis pies. Me detengo delante de un escaparate pero no para observar las prendas que se ofrecen al otro lado sino para contemplarme a mí misma reflejada en el cristal. La melena rubia desaliña-

da, los hombros para adentro, las costillas para afuera, el pecho plano, el culo caído. Es mi cuerpo de siempre pero ya no me avergüenza. Detrás de mí la gente se apresura por la acera acarreado compras y paquetes. Poco a poco algunos hombres se van congregando alrededor. No sé de dónde salen porque hace un momento no había ninguno. Todos de traje y corbata y algunos con abrigos. Prendas muy caras y muy elegantes o al menos eso me parece. No distingo sus rostros que aparecen borrosos, difuminados, como en algunas imágenes de televisión que pixelan las caras cuando no quieren que se reconozca a alguien. Es como si mi miopía se concentrara solo en los semblantes. Pero sí que veo claramente sus sexos flácidos y arrugados que cuelgan de entre las cremalleras abiertas de sus pantalones. Me acerco al escaparate para mirar en su interior. Al otro lado del cristal, los maniqués, igual que yo, están desnudos. Los hay por docenas. Todos mirando hacia la calle, es decir, hacia mí. Son reproducciones perfectas del cuerpo humano. Con pelo que parece de verdad. Con ojos que parece que me miran. Con tetas y culos y manos y pies y bocas y labios que podrían hablarme en cualquier momento, que podrían tocarme o lamerme, que podrían acercarse. Lo que no tiene ninguno son órganos genitales, ni masculinos ni femeninos. La inmovilidad es absoluta en el interior. La tienda está vacía. No hay compradores ni vendedores. Detrás de mí algunos hombres han empezado a tocarse. Deben ser media docena. Sus miembros, que antes languidecían, parecen haber cobrado vida. Algunos se yerguen enhiestos sobresaliendo de los pantalones. Sus rostros siguen siendo indistinguibles. Ante la mirada muerta de ese auditorio de muñecos la excitación crece dentro de mi cuerpo. Con una mano me apoyo en el cristal, con la otra me acaricio entre las piernas. Reflejados en el escaparate observo a los transeúntes que cruzan de lado a lado cargados con sus compras. Los hombres desconocidos están cada vez más cerca. Puedo sentir su aliento y sus respiraciones más y más aceleradas. Unos dedos recorren mi espalda, otros se hunden entre mis nalgas. Un montón de caricias se esparcen sobre mi cuerpo. Ya no sé cuántas manos recorren mi piel, mis piernas, mis caderas, mi espalda, mis brazos, toda mi carne estremecida. Me apoyo con las dos manos contra el cristal, separo un poco las piernas y me abandono a ese

placer sin rostro que me acomete. Una erección que me traspasa, unos labios en la nuca. Algo se mueve al otro lado de la luna. Un hombre y una mujer se acercan entre los maniqués. La mujer coge una silla, se sienta y cruza las piernas. El hombre permanece detrás de ella con las manos sobre sus hombros. Entre los reflejos y la penumbra reconozco sus rasgos. Son mi padre y mi madre vestidos de gala como cuando iban al teatro o a algún concierto. Cierro los ojos para apartar esa visión, para que no me estorbe. Algo muy duro se mueve en el fondo de mi vientre. Las manos y los labios se multiplican. Me abandono a esa fuerza y a esa extrañeza. Todo mi cuerpo se resquebraja. Un grito se me escapa entre los labios. Trato de ahogarlo y me despierto.

El sudor me recorre la espalda. Me tiemblan las piernas debajo de la sábana. El corazón se me va a salir del pecho. Los pulmones no dan abasto. Mi sexo inflamado se derrite. ¿He gritado realmente o solo ha sido en sueños? Anda que, como le cuente esto a mi psicólogo, se va a frotar las manos. Me va a costar una pasta. Tiene material de sobra para dos o tres sesiones. Poco a poco la realidad se va imponiendo. La operación debe de haber terminado. Estoy tumbada en una cama con el pecho vendado. He tenido sueños eróticos otras veces pero no recuerdo ninguno tan mojado como este. Para un orgasmo que disfruto desde hace no sé cuántos meses ha tenido que ser en sueños y encima con público, por lo que parece. Dos figuras verdes cuchichean junto a la ventana. No distingo sus voces ni sus expresiones. Busco mis gafas alrededor pero no las encuentro. Sus risas y sus bromas se vuelven reconocibles a medida que se acercan. Se lo están pasando bomba.

Chica, menudo viaje. Quién lo pillara. No he visto a nadie disfrutar así en toda mi vida.

Qué envidia. Le voy a preguntar a la anestesista qué es lo que te ha puesto.

Las enfermeras están encantadas. Una de ellas me da las gafas. Me las pongo y la realidad se vuelve transparente. No como mis sentimientos, que siguen enturbiados. Debo estar en la sala de reanimación. Creo que la llaman la sala del despertar. Hay más mujeres en otras camas. La mayoría sigue durmiendo. Solo una está despierta.